



Garcilaso de la Vega. *Sonetos & Sonnets*, Trad. Catherine François, Seguidos de un estudio de Santiago Auserón. Ediciones Universidad de Salamanca, 2024, 202 pp.

Escrito en nueva alma está el verso

En la historia de la traducción, hay poetas que han tenido mucha suerte con aquellos lectores (pues el traductor es un lector) que se han animado a volver a escribirlos en otra lengua, y eso les ha dado una segunda vida (a veces,

primera) que, de algún modo, los ha sacado del anonimato de lo local, del olvido de lo propio o de la autorreferencia cultural. Un caso clamoroso en este sentido podría ser, por ejemplo, la obra de Edgar Allan Poe y las versiones de Baudelaire y Mallarmé, que han hecho de aquél el autor más francés (y europeo) de la literatura norteamericana. Otros poetas, no obstante, viven su eternidad gozando de las mieles de su centralidad canónica (ese invento del conservadurismo político de ciertos estudios humanísticos), esto es, siendo lectura obligada y obligatoria en los planes de estudios, las generaciones y las clases de literatura de los diversos niveles educativos.

En ese círculo en el que hallamos a aquellos que consideramos ya eternos hay, no obstante, categorías: los autores universales (y aquí cualquier discurso patrio y de orgullo por lo propio, sea del signo político que sea, nos lleva al Quijote); los autores cuyo altavoz, pese a su genialidad, difícilmente traspasa las fronteras nacionales (Quevedo, incluso Valle-Inclán, con ese qué de intraducibilidad, que dirían algunos); y los autores cuyas obras son un punto de inflexión para la historia de la literatura nacional. En esta última categoría cabría considerar a Garcilaso de la Vega, un poeta de obra breve y escrita en poco menos de una década, pero cuya incidencia estética remonta los siglos, los lenguajes y la historia; pues Garcilaso lega para la poesía española la perla del endecasílabo en su más alta perfección, y esto con el mérito añadido de no haber sido siquiera el pionero en semejante cruzada de renovación lírica.

La magnitud de la significación de la obra poética de Garcilaso de la Vega es tal que podría concluirse que quizá sea uno de los poetas españoles que menos necesidad de traducciones tenga. Su protagonismo estético, como poeta petrarquista, remite exclusivamente a la poesía española, del mismo modo que el de Ronsard remite a la poesía francesa. Ambos beben de las mismas fuentes y ambos crean una herida en la cronología de sus literaturas al hacer que estas hablen un lenguaje europeo y, por europeo, universal. Y puesto que se trata de pioneros del petrarquismo en sus diferentes literaturas nacionales, podría pensarse, como he dicho, que sean los autores con menos necesidad de ser traducidos; pero no, no es así. La traducción de es-

tos poetas permite apreciar con mayor claridad las dimensiones del movimiento cultural que hemos convenido en llamar Humanismo. Y si ya, por llegar al principio, entendemos que también para estos casos y para estos autores la traducción deviene necesidad, sólo nos queda desear (o esperar) que la fortuna les favorezca con un traductor (una traductora, en el caso de esta edición de Garcilaso) que no sólo entienda los mimbres de ese particular endecasílabo castellano que el poeta de Toledo ensaya, perfila y aprende a un tiempo que construye su obra, sino –y lo que es más importante para la traducción– cómo crear, cómo escribir (porque el traductor es un escritor) equivalentes formales, no sólo léxicos, sino sobre todo rítmicos, musicales, en la lengua francesa. Al leer las traducciones de Catherine François podemos afirmar, sin dudarlo, que Garcilaso ha sido muy afortunado. Y su fortuna no sólo se extiende a las decisiones y determinaciones que, como traductora, toma François, también, y esto es lo más difícil cuando de traducción literaria se trata, a las renunciadas y a los riesgos que está dispuesta a aceptar.

Por ilustrar lo dicho con alguno de los ejemplos que cualquier español tiene en mente cuando le hablan de Garcilaso: el verso primero del soneto primero (“Cuando me paro a contemplar mi estado”) suena así en la versión de François: “Quand je m’arrête à l’état où je suis”; o el verso primero del soneto quinto (“Escrito está en mi alma vuestro gesto”) es “Votre face est écrite au profond de mon âme”. Todos tenemos en mente la famosa alternancia de las rimas en los tercetos del soneto décimo (-astes/-istes), un juego de similitudines que llevaron al extremo, en el siguiente siglo, poetas como Lope de Vega o Villamediana; pues bien, la traductora no se arredra ante la pérdida y para “verme morir entre memorias tristes”, esa compleja amalgama de aliteraciones, escribe: “mourir parmi de tristes souvenirs”. Y seguro que para alguien los “souvenirs”

son inaceptables: sabemos que en traducción hay tantas versiones como lectores, y que toda lectura de una traducción implica una propuesta de corrección o una discrepancia; pero al juzgar una traducción poética, o al opinar sobre ella, hay que prestar más atención al oído y algo menos a la rigidez del diccionario: aquí, souvenirs aparece porque mourir y parmi aparecen. Hay que leer en voz alta, esa útil y bella costumbre de la que nos ha expulsado el cada vez mayor cierre sobre nosotros mismos. Salgamos de los ejemplos más conocidos, aun siendo conocida la mayoría de los sonetos de Garcilaso, y leamos la belleza lograda en la traducción del soneto XIII, “A Daphne ya los brazos le crecían”; o del soneto XXIX, “Pasando el mar Leandro el animoso”.

El volumen aquí presentado, pulcramente impreso en edición bilingüe, se complementa, completa y enriquece con un estudio de Santiago Auserón muy apropiadamente titulado “Garcilaso atraviesa los Pirineos”, un estudio que, sin renunciar a contemplar en cierta medida un estado de la cuestión crítica de la obra de Garcilaso (sobre todo en la filología moderna que arranca de Menéndez Pelayo), tiene a bien contextualizar muchas de las cuestiones que importan a la traducción y a la lectura, ahora sí, de los dos Garcilasos: el español y el francés. Fernando de Herrera, el máximo comentarista de la poesía de Garcilaso de la Vega, escribe en sus Anotaciones: “Quien no alaba lo que merece estimación de gloria dicen que se mueve con pasión de calumnia”. A la gloria de la sonetística garcilasiana tiene su autor y tiene la historia literaria española la fortuna de una bella traducción francesa, justa, adecuada, nueva y con el punto de riesgo que toda empresa que merezca consideración debe tener.

José Francisco Ruiz Casanova
Universitat Pompeu Fabra